



INVASION DE LOS MAGIARES

III

ÉPOCA DE LOS OTONES



UNA voluntad enérgica y poco escrupulosa, vigorizando el impulso del genio, ha encontrado obstáculos, aun tratándose de conducir á los pueblos fuera de la vía del natural progreso, reuniendo elementos opuestos á los que constituyen monarquías como la de Cárlo-Magno; mas apenas se paraliza la mano dominante por efecto del destino, ó se hiela por la muerte, la obra elaborada por la fuerza, vuelve á dividirse y disgregarse en partes. Esto demostraron todos los llamados *conquistadores* ó *señores del mundo*, desde Sesostris hasta Napoleon. Las dos potencias más grandes de la época reunidas, la espada germana y el báculo romano, habian erigido el edificio del Estado carlovingio; mas á pesar de esto fué poco duradero, en primer lugar porque el interés comun de esas dos potencias sólo era pasajero y ficticio, y en segundo

lugar porque una tercera potencia, el sentimiento nacional, se desarrollaba lenta, pero irresistiblemente.

La tradicion asiática de la separacion de los pueblos al construirse la torre de Babel vino á ser un hecho en el imperio universal carlovingio. Los pueblos reunidos á la fuerza en aquel omnipotente conjunto no se entendieron ya entre sí, y por lo tanto, todos procuraron separarse; querian y debian hacerlo; querian desarrollarse en naciones independientes; tener su propia lengua y costumbres, sus propias leyes y su Estado. La obra de la romanizacion de los germanos que desde la emigracion de los pueblos habitaban las antiguas provincias del imperio romano occidental, Italia, Francia y España, casi se habia realizado ya. Los conquistadores germanos habian mezclado en aquellos países su sangre, su lengua, sus derechos y costumbres con los de los indígenas subyugados, y de esta mezcla, en la que la civilizacion superior de los conquistados triunfó completamente de la inferior de los conquistadores, resultó el romanismo con su lengua comun en un principio, la romana ó latina. A medida que los diversos pueblos romanos iban separándose más y más, esa lengua se ramificaba en los distintos dialectos franceses, italianos y españoles, que formaron luego como un todo compacto, como un nuevo tronco de idiomas junto al germano, ó mejor dicho, opuesto á él, pues la oposicion del germanismo y del romanismo fué pronto uno de los agentes más eficaces de la historia. Lo fué tanto más, cuanto que los germanos romanizados profesaban un odio mortal á Germania, su madre patria, odio salvaje y propio en todo tiempo y en todas partes de los apóstatas de la nacionalidad contra sus compatriotas, porque la conciencia culpable les irrita sin cesar. Ejemplo de ello tenemos en los alsacianos y otros apóstatas del germanismo.

El contraste que ofrecian en punto á política é idioma los elementos germanos y romanos se dió á conocer por primera vez con motivo de la célebre conferencia y conciliacion habida en Estrasburgo en febrero de 842, en la que los hijos del desgraciado partidario del Pontificado, Ludovico, llamados Ludovico como su padre el uno y Cárlos el otro, se coligaron contra su hermano Lotario. Para que los ejércitos de ambos pudieran comprenderlos, los dos hermanos, aliados contra el tercero, hicieron el juramento de alianza de modo que el ostro-franco Ludovico, llamado comunmente el alemán, juró en el latin empleado entonces (*pro Deo amur et pro christian poblo et nostro comun salvament*); y el franco-occidental Cárlos á su vez juró en el dialecto antiguo usado á la sazón en la Alemania superior (*theneid geleistit tener, sineno bruodher Ludhuwige gesuor*, prestó el juramento que á su hermano Ludovico habia hecho) segun nos refiere en sus *Cuatro libros de historias* un primo de los principes aliados, nieto igualmente de Cárlo-Magno, el conde Nithard, hijo del sabio Angilberto y de la hermosa Berta.

Este cronista de elevada alcurnia, aunque bastardo, despues de describir la conferencia de Estrasburgo (libro 3. cap. 6), habla en cierto pasaje de una diversion guerrera, en la cual debemos ver el más antiguo ejemplo consignado en la historia de los torneos caballerescos de las épocas siguientes. Nithard refiere que sus dos primos se dirigieron á Wormatia (Worms), Ludovico por Spiron (Espira), y Cárlos cruzando los Wasagus (Vosgos) por Wizzunburg (Weissenburgo), á fin de situarse con sus séquitos en un mismo campamento, entre la primera ciudad y Magonteiakum (Maguncia). Los dos poderosos señores, «ambos de estatura regular, de formas esbeltas y proporcionadas, y aptos para cualquier ejercicio», organizaron en aquel

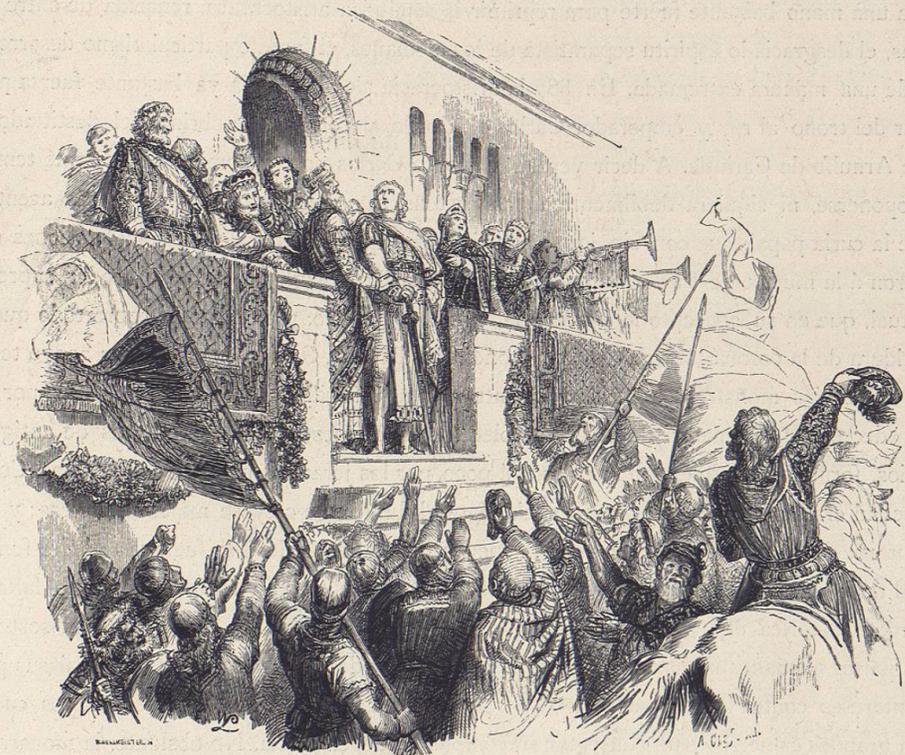


TORNEO EN LA ÉPOCA CARLOVINGIA

campamento frecuentes torneos para ejercitar su destreza. Nuestro historiador, que asistió á estas diversiones, las describe del modo siguiente: «En una plaza elegida y preparada al efecto reuniéronse los combatientes, miéntras que al rededor se apiñaba todo el pueblo; primeramente se presentaron por ambos lados grupos iguales de sajones, vascos, austrasios y bretones, que lanzaron sus caballos á la carrera para comenzar la lucha; despues, unos hicieron volver grupas á sus corceles, y cubriéndose con sus escudos, intentaron evitar con la fuga el ataque de sus adversarios, miéntras que estos perseguian á los fugitivos. Por fin, ambos reyes, rodeados de sus jóvenes guerreros, pusieron al galope sus caballos, y blandiendo sus lanzas, precipitáronse uno contra otro, y dándose, ya el uno ya el otro, á la fuga, imitaron las diversas maniobras de una batalla. Fué un espectáculo admirable por la magnificencia y el orden reinantes, pues ni un solo individuo, entre tan numerosa multitud y pueblos tan diferentes, se atrevió á herir ó insultar á otro.»

El convenio de Estrasburgo de 842 sólo fué el prólogo de otro mucho más importante, que al año siguiente se efectuó en Verdun entre los tres carlovingios Lotario, Cárlos y Ludovico, y á consecuencia del cual los nietos de Cárlo-Magno dividieron en sus partes naturales el imperio que su abuelo constituyó por la fuerza de las armas, distribuyéndolas entre sí de modo que Lotario recibió la Italia, Borgoña y la corona imperial; Cárlos la Francia occidental (Francia), y Ludovico la oriental (Alemania). Este reparto sólo era la confirmacion por la ley política del hecho histórico, de separarse los germanos de los romanos, subdividiéndose estos otra vez en

varias fracciones. El sueño de la unidad política del cristianismo occidental habia tocado á su fin. Un genio superior, inspirándose en las ideas de su época, y aprovechándose de los medios que esta le ofrecia, quiso realizar el antiguo y siempre nuevo ideal de una poderosa unidad, de la fraternidad de los pueblos; pero el egoísmo romano no vive ni trabaja para favorecer los intereses generales, miéntras por otra parte el espíritu de las nacionalidades será



CONRADO, DUQUE DE LOS FRANCO, ES ELEGIDO REY DE ALEMANIA

siempre hostil á esas teorías unitarias. Los hombres no son hermanos por su origen sino enemigos, y lo mismo sucede con las razas y las naciones. Así debe ser, pues sólo el continuo roce entre los hombres, las naciones y las razas facilita el desarrollo de la humanidad, que no es otra cosa sino lucha perpetua. Las ideas sobre una fraternidad de hombres y de pueblos cuya consecuencia sea una paz eterna, son hijas de la fantasía, puros desvaríos, como se ha demostrado hasta en la más poderosa forma de su encarnacion, es decir en la religiosa, en todas partes y en todos tiempos. ¿Acaso se han aborrecido, atormentado y asesinado ménos los cristianos unos á otros que aquellos que se llaman gentiles? ¡Muy al contrario! Precisamente bajo las banderas de la religion que tiene por divisa el amor al prójimo, los hombres y los pueblos han cometido entre sí los crímenes más horrendos.

Del año 843 data, pues, la separacion nacional, la independenciam política de Alemania. La forma de gobierno siguió siendo por lo pronto la monárquica-carlovingia, pero la debilidad de los ineptos sucesores de Ludovico el Aleman dió lugar á la paulatina decadencia de la monarquía. Lo más funesto fué la renovacion de la antigua dignidad ducal, abolida por Cárlo-Magno

en favor de la unidad del imperio. Ciertamente que los nuevos duques sólo eran en rigor empleados reales, pero esto se olvidó pronto, porque tanto los duques como los margraves obtuvieron su dignidad y poder con carácter hereditario; y de aquí resultó, como era de esperar, que de simples empleados pasaron a ser príncipes por herencia, sustrayéndose cada vez más a la autoridad real. Los grandes propietarios, la antigua y nueva nobleza, imitaban el ejemplo, y como no existía una mano bastante fuerte para reprimir la república aristocrática, renacida de entre sus cenizas, el desgraciado espíritu separatista de los alemanes, el funesto particularismo desarrollábase de una manera extremada. En 887 la aristocracia alemana tenía ya bastante fuerza para arrojar del trono al rey y emperador Cárlos el Gordo, y coronar al sobrino del destituido, el duque Arnulfo de Carintia. A decir verdad, el pobre Cárlos no era hombre de bastante temple para oponerse, ni siquiera débilmente, a las pretensiones cada vez mayores y más acentuadas de la curia papal, que con sin igual astucia supo aprovecharse de las complicaciones que siguieron a la muerte de Cárlo-Magno. El sumo pontífice exigía, además del poder supremo espiritual, que en su concepto le pertenecía, el poder político, pretendiendo sobre todo que la investidura de la corona imperial le correspondía de derecho. Sabido es que Roma apoyó todas estas exigencias monstruosas, particularmente por una falsificación pública, es decir, por las falsas «decretales», llamadas de Isidoro, colección de supuestos fallos y decretos de antiguos concilios, formada fraudulentamente, poco a poco, por los jerarcas, para ulteriores fines. Como la falsedad era tan grosera, la consecuencia natural fué que se creyese mejor su certeza; y por eso durante toda la Edad media estas llamadas decretales de Isidoro fueron la piedra fundamental de la doctrina jerárquica emanada del obispo romano. Sin embargo, para no faltar a la verdad histórica debemos reconocer que los prelados fueron los que intentaron sostener en los países alemanes la dignidad real unitaria, que por de pronto servía mejor aún a sus propios intereses contra los duques sajones, francos, alemanes, bávaros y loreneses, los cuales hacían grandes esfuerzos para conseguir su completa independencia. No obstante, la monarquía parecía perdida cuando con la muerte del hijo de Arnulfo, Ludovico el Joven, que murió sin descendencia, extinguióse la casa Carlovingia en Alemania (911). A los grandes del imperio no les pareció conveniente elegir un nuevo rey de la rama franco-carlovingia, que debía vegetar hasta el año 987 y se extinguió entonces con la muerte de Ludovico el Holgazán (*fainéant*). Pero la idea del imperio, el pensamiento de la unidad, tal como le concibió y realizó Cárlo-Magno, no podía borrarse completamente de la memoria de las tribus alemanas, sobre todo cuando las incursiones de los normandos y de los magiares, que invadieron las Marcas alemanas del norte y del este, evocaron con más fuerza el recuerdo de la paz y seguridad de que el imperio había gozado en tiempo de su poderoso fundador. Las correrías de los magiares, en particular, que todos los años se repetían, es decir, las horribles y destructoras invasiones en Hungría de aquel pueblo nómada, horda de bandidos montados, de origen finlandés-tchudico, reclamaban imperiosamente una reunión de fuerzas alemanas para acudir a la defensa del país. No faltó entonces un príncipe inteligente y magnánimo que subordinara al bien general los intereses particulares: este fué el duque de los sajones, Oton el ilustre, a quien se hubiera ceñido la corona real si el anciano príncipe no hubiese preferido verla en la cabeza de un hombre joven y vigoroso. Por su influencia se verificó en Forchheim (8 de noviembre de 911),

a orillas del Regnitz, un importantísimo acto político: la primera elección de un rey de los alemanes. En dicho día, los condes y señores de Sajonia, Franconia, Suabia, Baviera y Lorena, reunidos en Forchheim bajo la presidencia de Oton, eligieron rey de los alemanes al duque de los francos, Conrado, hombre vigoroso y experto en el arte de la guerra (*vir strenuus bellorumque exercitio doctus*, según dice un contemporáneo más joven, el longobardo Liutprando); y como a tal le saludó con júbilo el pueblo reunido frente al palacio en que se verificó la elección. Desde aquel día subsistió en nuestro país la monarquía electiva, conservándose este régimen durante nueve siglos. La asamblea de Forchheim evitó la división de la unidad nacional, pero también creó, o por lo menos renovó, una forma política que debía ser un continuo peligro para la unidad de la nación, impidiendo el desarrollo sucesivo del Estado nacional.

En su lecho de muerte, después de haber luchado valerosamente en numerosos combates por la conservación de la unidad del imperio y de la autoridad real, el rey Conrado recomendó por sucesor a su adversario, el duque de los sajones Enrique, imitando y recompensando así la generosidad de que en otro tiempo le dió a él pruebas el padre de Enrique, Oton el ilustre. En virtud de esta recomendación, el sajón Enrique, llamado el *Pajarero* (*Finkler*, cazador de pinzones), fué elegido en abril o mayo de 919, en Fritzlar, a orillas del Eder, rey de los alemanes, y acto continuo comenzó a dirigir con prudencia, energía y buen éxito, las riendas del gobierno del reino. Dos hechos, entre todos los demás, distinguieron principalmente su reinado: la completa expulsión de los magiares en el exterior, y en el interior la protección y fundación de las ciudades. Por punto general, Enrique fué uno de los hombres más capaces que jamás ciñeron corona. Hubiérase creído que su influencia y autoridad no lograrían transformar el imperio alemán electivo en un imperio hereditario; pero poco antes de su muerte, la aristocracia alemana accedió a su deseo, consintiendo en elegir por heredero de la corona a su hijo Oton, en la asamblea reunida en Erfurt. En agosto de 936 tuvo lugar en el antiguo palacio imperial de Aquisgran la elección solemne de Oton por los duques alemanes y los demás grandes barones del imperio. El arzobispo de Maguncia ungió y coronó al rey elegido, en cuyo acto figuraron por primera vez los llamados *Erzaemter* (1) del imperio alemán. El duque Giselberto de Lorena desempeñó las funciones de archicamarero, el duque Arnolfo de Baviera las de archimariscal, el duque Eberardo de Franconia hizo las veces de maestre-sala y el duque Herman de Suabia las de archicopero. Las ideas y aspiraciones de Oton tenían por objetivo grandes empresas, pero agradábase más aún la magnificencia; y hé aquí porqué en vez de seguir el ejemplo de su heroico padre y de erigir un reino alemán, intentó renovar el imperio romano occidental de Cárlo-Magno, seducido por el brillante fantasma de la corona imperial, la cual le ciñó en Roma (962) su protegido el papa Juan XII. Con esta transferencia del *imperio* a los alemanes, según se llamaba exageradamente a tan menguada dignidad, inicióse aquella insensata aspiración imperial que durante la Edad media tantos perjuicios acarreó a nuestro pueblo así como al pueblo italiano, provocando aquella segunda y no menos insensata pretensión que sostuvieron las argucias del Pontificado. Cada una de las peregrinaciones emprendidas por los reyes alemanes con el carácter de expediciones cuyo objeto era conseguir de Roma la corona imperial, sólo sirvieron realmente para disminuir su poder, aumentando el de los papas. No en su calidad de emperador romano,

(1) Traducido literalmente *archicargo*, cargos que correspondían a los electores alemanes cuando se hallaban en presencia del emperador.